

Atolladeros de la clínica: cuando el Super-yo ordena gozar

Lic. Claudia Lamovsky

La propuesta de esta presentación es pensar sobre aquellos pacientes que nos consultan angustiados por no poder parar de hacer algo que se les torna incontrolable y que a la vez los atormenta: no pueden dejar de robar o de drogarse o de provocarse vómitos, etc. Esta circunstancia clínica suele derivar en algún pasaje al acto, en actings, o en fenómenos que no alcanzan el estatuto del síntoma y que por lo tanto demandan una intervención. Ahora bien, ¿de qué intervención se trata?

Sabemos que aquello que promueve angustia en el registro del Yo es precisamente lo que hace gozar al Inconsciente. Pero es necesario distinguir esta forma de Goce, de aquel que irrumpe en calidad de goce del Otro como resultado de la obediencia a los imperativos del Super-yo.

Hay una forma de satisfacción propia del sujeto aunque el yo la padezca: es lo que Freud bautizara como “Más allá del P. del P (1)”. En continuidad con este legado freudiano Lacan explora el circuito pulsional y concibe un “campo central de goce” (2) en torno a lo que consideró su invento más importante: el objeto “a”.

Su enseñanza nos propone un recorrido desde los orígenes de la estructura, donde un llamado al viviente tiene la capacidad de sumergirlo en el orden significante. Ante esa alienación primordial a los significantes de la demanda materna, la **primera manifestación como sujeto será precisamente por la vía pulsional**. Se trata de la afánesis del sujeto, que identificado al objeto perdido ofrece su propia desaparición para tornarse objeto en falta en el campo del Otro.

Estos pasos constitutivos sitúan a la pulsión en esa conjunción entre lógica y corporeidad (2) que desemboca en un goce de borde - propio de un agujero- tal como ocurre con los orificios de las zonas erógenas. Queda inaugurado un movimiento pulsativo que empuja al sujeto a dar consigo mismo allí donde Eso estaba , al repetir esa pérdida que fue su primera respuesta a las demandas del Otro.

El trazado de una flecha pulsional sale desde las zonas erógenas hacia algo que responda en el campo del Otro, pero va a culminar invaginándose -mediante una torsión- en una vuelta alrededor del objeto siempre faltante. Delinea así ese agujero Real en el campo del Otro que Lacan nombró “a” y tal como hemos visto, se trata de la primera localización del sujeto.

Podemos distinguir que en el tour de la pulsión hay heterogeneidad entre el camino de ida, que va tras los objetos señuelos de las pulsiones parciales-oral, anal, escópica e invocante-, y el tramo de retorno, que se resuelve desembocando a pura pérdida en el campo del Otro (3). Este último movimiento saca provecho de los señuelos para caer de la escena, como ocurre en una borrachera, o cuando alguien “se va a la mierda”. Sin embargo, es frecuente que en el camino de ida se produzca alguna detención o fijación a modos de goce derivados de estructuras fantasmáticas, en cuyo caso los pactos incestuosos retienen al sujeto en alguna variante del objeto parcial. Entonces por ej se hace cagar, o se deja exprimir hasta que desechan como a un limón gastado.

Pero sabemos que por la insistencia ineludible de la pulsión contra la alienación subjetiva, inexorablemente la vía de retorno invertirá el sentido coagulado en el fantasma y va a desnudarse como Pulsión de Muerte (4), en estampidas liberadoras aún a costa de un pasaje al acto, de un accidente o una grave enfermedad.

Para desarrollar esta hipótesis sobre las cristalizaciones fantasmáticas y la consecuente virulencia de la P de M., retomemos los tiempos constitutivos cuando el Otro Primordial encarna en los padres de la infancia y hace el llamado que aloja en las leyes del

lenguaje y del sentido. El deseo materno, también al servicio de esta función, inviste como falo imaginario a su “cosita” y da lugar al surgimiento del deseo como deseo del Otro, deseo de completud incestuoso y alienante.

Hay operaciones estructurales para la realización subjetiva que pivotan en la dependencia significativa al lugar del Otro: la alienación primordial al lenguaje y en articulación a ella la separación por vía pulsional. Este vel condena al sujeto a aparecer en una división: lo que en un lado emerge como sentido producido por el significante, del otro lado se resuelve como afánisis, desaparición y parición.

Dada la captación en el sentido, sobreviene una reacción ante el magnetismo del deseo del Otro. Pero sabemos que dicho magnetismo también encandila el espejado laberinto del narcisismo. Tenemos ya el modelo de lo que suele coagular como tendencia a una supuesta completud unificante y fusional, donde el gran Otro queda revestido imaginariamente por la organización fantasmática, para ilusionar una instancia omnipotente y protectora (5).

No nos sorprenderá que éste sea el terreno donde se sustenta la figura del Super-yo o donde se abona el pensamiento religioso, o las confabulaciones para erigir a un Otro encarnado que no se deja

barrar al modo del Padre idealizado de “Totem y Tabú” o el espacio para la proliferación de vínculos enloquecedores. Más aún, se abre aquí un abanico de variantes que requieren profundizar cuál es el estatuto de ese gran Otro capaz de adoptar tan diversas encarnaduras y a cuyo alrededor se traman los pactos incestuosos y perversos. Porque puede haber innumerables versiones, pero todas confluyen en renegar la castración.

De modo que el “a” objeto en falta, queda traspuesto en alguna versión fantasmática como señuelo para ilusionar que el Otro está completo, que no hay tal falta y que un objeto a perder como la voz, puede permanecer fijado o encarnado a través de figuras superyoicas en la neurosis, o como una voz persecutoria que no abandona al sujeto en la paranoia. Cuáles podrían ser las encarnaciones que va tomando para un paciente la voz del Otro? O cómo serán los modos perversos de relación que se establecen en aquellos lazos familiares donde está en juego ese Gran Otro encarnado que no se deja barrar?

Podemos indagar en el Seminrio 16 acerca de ese goce perverso de dedicarse a tapan el agujero en el Otro, o de querer asegurar el goce del Otro a toda costa y a tal fin convertirse en un defensor de la fé. Ahí Lacan se despacha con los cruzados y

podríamos agregar a los más papistas que el Papa, a los talibanes, o cualquier forma de totalitarismo.

El sujeto está dividido: el yo en alianza con el Super-yo erige Totems, teje fantasmas y despliega actings como llamado al Otro, frente al desamparo al que lo expone el empuje del Inconsciente a favor de la verdad subjetiva. Porque hay un Goce que va “Más allá” específico del modo de gozar del Inconsciente, que desata la angustia del Yo y que requiere transitar el duelo por faltar a las complacencias narcisistas con el Gran Otro. En contraposición funciona un goce que atado a sus demandas, irrumpe de modo imperativo accionando resortes culpógenos.

En circunstancias clínicas que se empantanar tal vez un paciente permanezca capturado en estructuras fantasmáticas que entorpecen su localización en la estructura y lo condenan a ser juguete del Otro. Entonces algún estallido o un vómito compulsivo sean respuestas liberadoras, pero que no alcanzan a pasar por la palabra y por eso requieren la función del análisis.

En el relato de un sueño podemos pesquisar el accionar pulsional y el miedo que desata en el yo: “Estaba viajando, manejaba mi auto, ya había cruzado la frontera de la Argentina y me dirigía a Chile, pero la otra frontera estaba muy lejos. Era de

noche y me daba mucho miedo estar ahí, era como una especie de interregno, como no estar en ningún lugar. Si me pasaba algo nadie me iba a poder encontrar.” Escuchamos aquí un dirigirse a traspasar fronteras e ir más allá, pero registrado como dramática expulsión del sujeto hacia un lugar al que nadie pueda acceder, al quedar fuera del alcance del Otro. Tal vez es lo que más quisiera- porque sabemos del poder paralizante e inquisidor que puede adquirir una mirada-; su relato invita a indagar ese pasaje, esa salida, cuál es ese Otro y cómo se ubica ante él.

Nos llegan pacientes que asumen padecer ataques de pánico. En varias consultas el relato desembocaba en episodios angustiantes que giraban alrededor del miedo a morir de manera inminente. Además de haberse hecho todo tipo de estudios alguno terminaba muchas veces tirado en la calle sin poder levantarse hasta que llegara una ambulancia. Aquí limitarse a dar contención, prestarle yo, o armarle el fantasma como escuché algunas veces solo pospone el tiempo de la verdad. La apuesta es al análisis, a la posibilidad de interrogarse acerca de qué temía de sus propias ganas o cuál podía ser el lugar donde se había quedado atrapado, degradado, o sometido, etc, que lo llevara a sentir algo así como

“me muero!!” o “me quiero matar” o “paren el mundo” o si era tan concesivo que lo único que lo salvaba era desaparecer...

En algunos casos el ataque de angustia sobrevenía al finalizar el horario laboral o al momento de quedarse solos y me pregunté si sería esa la ocasión en que un Super-yo despiadado irrumpía sin atenuantes. Y esto puede requerir ciertos artificios del analista en cuanto a un tono una actitud corporal que atenúe esa mirada crítica que lleva a cuestras, pero para propiciar que las larvas del Inc. salgan a la luz. En otro caso la angustia sobrevenía en el colectivo y se tenía que bajar imperiosamente, no podía evitarlo, pero de cuál colectivo?

Una viñeta para terminar: se trata de una paciente que consultó angustiada porque luego de una gran crisis el marido se fue de la casa y cuenta que los problemas se manifestaron luego del nacimiento de la segunda hija. Relata que el obstetra la apuró y ella no tuvo posibilidad de sentir el parto. “Fue cuestión de segundos” dice “cuando me la mostraron no la pude sentir como hija mía”. Estuvo afligida y sin lograr conectarse afectivamente con la nena, no la podía sentir y temía no poder llegar a quererla. Por este motivo se aislaba y no podía responder a los reclamos de su marido quien además de estar preocupado por la hijita no podía

comprenderla, ya que ella había sido una excelente madre con la hija mayor. Pero en aquel momento sentía que no podía hacer nada para cambiar lo que le pasaba y ahora que se había animado a consultar sentía que tenía que ser muy valiente para hablar de lo que le había pasado.

Un primer elemento que resonó fue es “cuestión de segundos”; porque la paciente también es la segunda de tres hermanos, en un marco familiar donde los únicos hijos deseados, protegidos y sostenidos en sus proyectos han sido los primogénitos.

El otro elemento a destacar es la referencia a la valentía, porque evoca el tema de lo que Lacan dio en llamar la “cobardía moral”(6), que puede retener a alguien girando alrededor de los mandatos familiares, impotentizado hasta para organizar su propio juicio por temor a perder supuestas garantías que suelen ser tributarias de una poderosa renegación . No poder dejar de repetir ese modelo como toda compulsión repetitiva llama a un corte, a una ruptura que la ha conducido a un profundo replanteo de toda su vida. Ese es el empuje del Inc. y es lo que el análisis tiene que sacar la luz.

Bibliografía

1-Freud S, “Mas allá del Principio del Placer” Tomo 18 Amorrotu 1996

- 2-Lacan J, “ De otro al otro” Paidós 2008
- 3-Lacan J., “Los cuatro conceptos fundamentales” Paidós 1990
- 4-Ravinovich N., “Lágrimas de lo real” Homo Sapiens 2007
5. Lamovsky C., “Ética del Inconsciente y estructuras fantasmáticas”
Revista Letrafonía No 5. Letra Viva 2008
- 6-Lacan J., “ Psicoanálisis, Radiofonía y Televisión” Anagrama
1993